

Sección Bibliográfica

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México

WAGEMANN, Ernst: *El número, detective* (Recursos y artimañas de la estadística). Traducción española de Die Zahl als Detektiv, por Félix Blanco y Jasmin Reuter. Breviario 136. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1958. Páginas, 192.

Un pequeño libro que somete indudablemente a prueba —y a una difícil prueba— el talento de cualquier comentarista, especialmente si éste no está dotado de capacidades y características bien definidas, y, particularmente, si en él no se produce en forma inmediata una reacción humoral favorable frente a la forma de presentación de los contenidos respectivos.

¡Es tan poco usual la tarea de divulgación, destinada a un público no especializado, de los “recursos y artimañas de la estadística”, que apenas si recordamos como aproximación (y como aproximación un tanto lejana que se mantiene más bien en el campo de las presentaciones comprimidas del material didáctico) La *statistique* de A. Vessereau en la colección *Que sais-je?!* ¡Resulta tan poco acostumbrado que nos topemos con

una de estas divulgaciones hechas en estilo festivo! Y, en forma más particular, ¡es tan poco común para nosotros —lectores hispanoparlantes— que tengamos que encontrarlos, sin mucha preparación (por un cierto aislamiento respecto de la bibliografía alemana, de la que apenas si recordamos el *Statistische Methodenlehre*, de Gerhard Mackenroth, como texto reciente), ante una obra vertida así, y vertida hábil, diestramente, al castellano, pero por detrás de la cual se adivina aún el andamiaje de la construcción alemana, que no podemos menos que sentirnos en apuros, y en graves apuros! Asentar, tras todas estas exclamativas, llenas de espinosas frases incidentales, que el pequeño breviario que ahora se pone en nuestras manos es un libro singular, apenas si agregará nada a lo ya dicho.

Divulgar. Divulgar en tono festivo. Vertir esa divulgación para uso de hispanoparlantes. ¡Vaya si son difíciles esas tareas que se han echado a cuestras autor, traductores, editor! ¡Y vaya si hemos de admirar —e incluso envidiar— a todos ellos en caso de que logren atraer a las redes de la estadística a quienes alguno de nosotros, en cuanto encargado de la cátedra correspondiente, no hemos

sabido sino hacerla tediosa o falta de atractivos en cuanto hemos tratado de abordarla "seriamente" y no festivamente! Lo cual podría mostrar la enorme importancia de las diferencias en los modos expositivos, ya que, en lo fundamental, la concepción de Wagemann y la nuestra coincidirían notablemente.

El título que recoge esa concepción fundante, esa postura definitoria y comprometida del estudioso frente a su disciplina en cuanto herramental de trabajo, es un acierto. Y un gran acierto, según creemos, en cuanto al confrontarla con la que nosotros hemos desarrollado a través de la enseñanza encontramos que coincide casi hasta en la forma de expresarse; en cuanto converge con nuestra propia valoración de la Estadística. Durante algunos años hemos trabajado con grupos de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, empeñados en el aprendizaje de la Estadística Social, y algunos de los integrantes de tales grupos podrán recordar seguramente que, frente a la interpretación de sentido que dábamos a cualquier resultado obtenido en clase, frenábamos cualquier impulso de exaltación romántica por el logro obtenido, y hacíamos ver que ahí donde terminaba el trabajo del estadístico era y es en donde principiaba y principia la labor del investigador social y del sociólogo; que, conforme decíamos entonces, las elaboraciones estadísticas "sólo nos entregan o nos abren pistas que seguir para desarrollar la investigación social y la interpretación sociológica propiamente dicha". Se trataría en tal caso, como en el libro que tenemos entre manos —en última instancia—, de una concepción detectivesca (en el buen sentido y no en otro que hemos criticado y que hace de la investigación social espionaje o chismorreo). Se trataría de una concepción detectivesca de la estadística, y se trataría también, no de una postura de antagonismo del pro-

fesor frente a la materia que imparte —que, aunque parezca increíble, suele darse—, sino de búsqueda del adecuado equilibrio, del adecuado engranaje de la pieza con las restantes que forman el mecanismo de la escuela y los planes de la enseñanza, en cuanto es, por el contrario, frecuente y dañoso que se quiera hacer preponderar la materia que cultivamos especialmente sobre las ajenas —en particular cuando el ambiente por copia extra-lógica de situaciones ya superadas en otros países se muestra favorable a ello— con daño irreparable para el conjunto.

La estadística no puede aspirar sino a una postura humilde, pero, no obstante, llena de dignidad. Servidora —es cierto— de disciplinas que requieren de dotes de observación y de reflexión más sostenidas, de procesos interpretativos más arduos, etc., en su misma servidumbre encuentra su grandeza. Cuando se penetra en el libro de Wagemann, puede tenerse —y quizá esa sea la impresión que tenga el lector miembro del público de divulgación al que se destina en primer término el trabajo— una sensación de haber equivocado el camino; una sensación de que no se está en los dominios de la estadística, sino de la economía, de la demografía, etc. Y es precisamente a través de ello como se pone de relieve esa servidumbre y esa grandeza de la estadística. Pretender —como algunos pretenden— erigir a la Estadística en señora del conocimiento humano, o simplemente del conocimiento de lo social (pretensión cuyo solo enunciado resulta desorbitado), equivaldría a llevar la rebelión de las masas al terreno académico. De ahí que cuando, a través de un esfuerzo como el de Wagemann —dentro de un deseo consciente del autor por atraer admiradores—, llega a vislumbrarse cuánto puede obtenerse de ella (con tono ponderativo), y hasta dónde llegan (en sentido

limitativo y no ponderativo) sus posibilidades, no puede menos que sentirse alivio al encontrar a ese aliado inespereado. Un aliado que viene a romper el encanto, el hechizo que las cifras —por sí mismas— suelen ejercer en espíritus poco avisados, poniendo de manifiesto que ahí donde no se encuentra presente el espíritu vigilante del hombre, dispuesto a admirar los hechos sorprendentes y a encarar y combatir los peligros que se le presentan —que ahí donde no se encuentra vivo y actuante el verdadero, el auténtico espíritu de pesquisa—, sobre todo herramental supuestamente creador, lo mismo que todo armamento supuestamente ofensivo y defensivo. ¡Cómo nos reiríamos de fantasías que nos presentaran cinceles que, moviéndose en el aire, cincelasen estatuas sin intervención alguna humana! Y ¡cómo no nos reimos de los delirios de quienes nos presentan a la Estadística y a las estadísticas constituyendo investigaciones sociales sin mayor intervención de un conocimiento sustantivo de lo social! Romper el hechizo de las cifras; morder tales cifras con los mejores ácidos de la crítica científica y desapasionada es el único medio —y así parece haberlo comprendido Wagemann— de sacar a muchos pseudo-investigadores de su calidad de convidados de piedra del conocimiento humano.

Divulgación, sí, la de Wagemann; pero más que de “recursos y artimañas”, de las inquietudes que suscita, de los acicates que proporciona a la mente para lanzarse en busca de explicaciones la disciplina estadística, en cuanto la misma adquiere tal carácter disciplinador de la mente; en cuanto *forma* mentalmente al individuo y no lo *deforma* mecánicamente; en cuanto se vuelve reflexiva y no en cuanto se practica desenfadadamente, como si los números que maneja fueran realidades de por sí (“¡No toméis el continente por el conte-

nido, el mapa por el territorio!”), grita precautoriamente Korbyszynski), como si esos símbolos pudieran valer fuera de su conexión simbólica.

Descubrimiento, ante el profano, de muchos de los tormentos de muerte por los que suele pasar quien trata de manejar las realidades humanas a través de los sistemas simbólicos y de encontrarles sentido. De ahí que sintamos mayor afinidad humoral con el tono un tanto lúgubre o melancólico —aunque se eleve al final en un grito de triunfo apagado voluntariamente con la “caída del telón después del pequeño drama estadístico” (105)— de esa porción del libro que, con título muy de novela policíaca, habla “de cómo la balanza de pagos y la comercial causaron noches de insomnio al presidente de la Oficina Alemana de Estadística”, prefiriéndolo a aquellas otras páginas por las que se ha tratado de hacer correr un soplo festivo.

Rasgos recogidos de esta parte: periodistas parisinos que señalan la mendacidad de los alemanes, sobre la base de “un superavit de las exportaciones”, que contrasta con su reticencia para pagar las reparaciones bélicas. Tempestad de indignación en Alemania contra la Oficina de Estadística, a la que se reputaba causante del daño. Noches de insomnio de Wagemann —consciente de la laboriosidad y cuidado de la Oficina a su cargo— para tratar de determinar las causas del error achacado o poder demostrar que el mismo era inexistente. Realidad descubierta en la siguiente forma, que citamos *in extenso* por el primer del razonamiento: “La caída de la valuta había ocasionado una fuga de capitales sin precedente. Todo aquel que podía compró divisas y colocó así su dinero en la zona de las ‘valutas nobles’. La consecuencia fue que ya no hubo divisas suficientes para fines de importación. La importación quedó así violentamente estrangulada. Pero la exportación,

por el contrario, subió. El comercio exterior producía ciertamente un superávit de divisas; pero éstas se quedaban en el extranjero al servicio de la fuga de capitales. La balanza de pagos presentaba el siguiente aspecto: ACTIVO: Exportación de mercancía... 5 000 millones; créditos extranjeros... 1 000 millones. PASIVO: Importación de mercancías... 3 000 millones; fuga de capitales... 3 000 millones. Y así, fenómeno harto raro, el superávit de la exportación se transformó en síntoma de la catástrofe y expresó el hecho de que la economía alemana quedó agotada por la presión de los dictados de paz y el predominio de una política hacendaria descabellada" (105).

Pero, fuera de esta pieza central que queremos recoger en forma especial, ¿qué es lo que ofrecen las páginas restantes del libro de Wagemann? En primer término, inicialmente, unos párrafos festivos que ganan al lector y que centran el problema con unas cuantas frases que también citaremos extensamente —¡es tan agradable compartir con otros algo que resulta paladeable!—: "No me sentiría ofendido si en el futuro, como recompensa por haber escrito el presente libro, burlonamente me apodaran 'el Sherlock Holmes de la estadística'. Siempre he admirado a Sherlock Holmes cuando por medio de la corbata arrugada y de algunas colillas de cigarro de un visitante podía señalar con certeza al asesino... , pues supo demostrarnos cómo detrás de pequeños síntomas se encuentran complicadas causas concadenadas que, con sólo ser comprendidas, ponen en evidencia verdades ocultas"; porque si alguien puede pensar que el énfasis está en esa corbata o en esas colillas, debe percatarse que las mismas no valen sino dentro de la secuela causal que, en cuanto se remonta, conduce al asesino. Una cifra estadística es como esa corbata arrugada o esas colillas, y las

inferencias acerca de la disposición de la casa del cliente, etc., son posibles gracias a que esa cifra encaja en una matriz más amplia (y aquí tiene todo su sentido hablar de lenguaje *cifrado* inteligible sólo para quien posee *la clave*). Gracias a que observaciones realizadas —hasta ahora en la mayoría de los casos— sin el auxilio de la estadística, y a menudo a través de procedimientos de pura observación etno y sociográficas, han permitido establecer una o varias de esas verdades amplias, generales —a las que por lo mismo amplias y generales desprecian tan frecuentemente los urgidos que buscan en una ciencia o en una pseudo-ciencia la justificación para una política o para una pseudo-política—, y gracias a que a través de tales observaciones y reflexiones ha podido llegar a afirmarse que las sociedades constituyen unidades o totalidades unitarias estructural-funcional-significativas, y que, por lo mismo, cada una de sus partes mienta indirectamente (y dentro de márgenes de riesgo más o menos previsibles en cuanto la integración social se da en grados diversos) toda la estructura a la que pertenece, Wagemann reta a algún lector a que le mencione algunos datos estadísticos de un país que el lector no deberá nombrar, comprometiéndose a descubrir la estructura de ese país en sus líneas generales. Se trata, para él, en esas páginas primeras —las que se caracterizan por una ligereza más auténtica— de un elogio de la estimación, a la que consagrará su esfuerzo.

Para elogiar la estimación es preciso comenzar por justificarla frente a quienes no han llegado a apreciar su utilidad —más aún, su carácter indispensable—. Estimar frente a censar. ¿No es preferible lo segundo a lo primero, puesto que lo primero proporciona sólo cifras sujetas a probabilidad, a márgenes de error, etc., en tanto que el recuento es cosa que suena a algo real

y confiable? Sí, pero, en primer término, las estadísticas, para ser útiles, han de ser oportunas. Y los censos son lentos..., de una lentitud casi tan desesperante para quienes los elaboran como para quienes los quisieran utilizar. Caminan, diríamos, a paso de tortuga, en un mundo de velocidades supersónicas. Esperar a los censos equivaldría a condenarse a que la liebre escapara de manos del cazador mientras éste medía pacientemente el terreno para disparar. La estimación, por otra parte, ahorra gastos y molestias. Cálculos a menudo muy gruesos cumplen con frecuencia su cometido. Porque de lo que se trata no es de captar hechos aislados en su máxima exactitud, sino de obtener visiones válidas de conjunto, lo cual justifica el que se juzgue a "la inexactitud como una virtud". Por estos cauces corre para Wagemann el elogio de la estimación, que estudia en sus modalidades de: estimación sustitutiva, estimación complementaria, estimación comprobatoria y estimación previsoras.

Estimación sustitutiva, y se trata de mostrar que, incluso sin datos numéricos, se puede tener una idea vaga de ciertas magnitudes, como lo ejemplifica el mesero, que por el traje, por la manera de llegar del cliente (a pie o en automóvil, etc.), estima monto de ingresos, formas de conducta, etc., y aprecia la posible propina (a menos que se trate de países de cuenta con "servicio incluido", que libran a los meseros de la divertida tarea estimativa y les privan quizá en muchos casos de la mayor generosidad de la propina voluntaria).

Estimación sustitutiva, y se trata de poder suplir, en un momento dado, la falta de documentación. Caso que se presentó en la primera guerra mundial, en que a Wagemann se le preguntaba por la situación alimenticia en Inglaterra en esos momentos en que no podía contar con datos fidedignos de fuentes

extranjeras y hubo de recurrir a un rodeo, estableciendo conexiones entre magnitudes conocidas y la magnitud desconocida —labor esencial de la matemática que se aplicaba así en el terreno social gracias a un adicional conocimiento de las reacciones y conductas de los hombres en sociedad— para cumplir su labor de informador estadístico. Una cifra (precio de los alimentos) daba la pista de la situación alimenticia (no tan apremiante en Inglaterra como se creía en Alemania) gracias a la postulación de una hipótesis o de una cuasi-ley: "La indiferencia a la calidad de los objetos deseados aumenta en los malos tiempos; el individuo subalimentado pierde el sentido del gusto y sólo aprecia el valor nutritivo de los alimentos" (47). Estimación estadística sustitutiva y posibilidad de pronosticar —conocida la densidad de población— la existencia o inexistencia de una estructura colonial, la existencia o inexistencia de rascacielos, la existencia o inexistencia de un dominio femenino en la sociedad..., etc.

Estimaciones complementarias. Y de entre ellas se trataría quizá de destacar, entre otros puntos que trata el autor en una sección en que la técnica y el cálculo más que el concepto parecen moverse más a sus anchas (como que es donde aparecen las nociones de "volumen" y de "índice"), el que la estimación del ingreso nacional —tan arduo según todos sabemos— es un triunfo de la estadística, y, sin detenernos en detalles, el que sí bien "hay tres maneras de llegar a formar una idea de la magnitud del ingreso nacional: la del método personal y las dos del método real, y muchas de las diferentes partidas de que se compone el ingreso nacional pueden calcularse solamente en forma aproximada, las estimaciones se apoyan aquí de tan diversas maneras unas a otras que podemos decir que los márgenes de error se reducen por todas partes" (96).

Estimaciones comprobatorias, y habría que hablar del fabuloso incremento de población de alemanes instalados en Espíritu Santo, Brasil, de las preguntas de Wagemann acerca de si esta fertilidad se debería a que la composición de la población seguía siendo colonial y por ello mostraba predominio de matrimonios jóvenes entre los inmigrantes y a las comprobaciones hechas por Boehm, Giemsa y Nauck; comprobaciones que lanzan naturalmente a Wagemann por el camino de las tentativas de explicación: probable organización distinta de la vida; lucha victoriosa contra las epidemias, que produce en los trópicos condiciones favorables para la vida humana; ausencia de enfermedades venéreas; alimentación razonable de los lactantes y —en son de broma, claro está— el que “gente malintencionada añadirá que los campesinos han permanecido durante decenios enteros exentos de todo cuidado médico” (118).

En la misma sección, brevemente, se apunta un procedimiento no matemático ideado por Delbrück para comprobar los datos censales sobre “los efectivos de los ejércitos en la fantasía de la tradición y en la realidad”, sector en el que, de acuerdo con el propio Delbrück —y cosa que deberían tener en mente los estudiosos de la diplomacia—, “el gusto por la hipérbola, la falta de sentido de las cifras, la jactancia, el miedo, las excusas y demás debilidades humanas” reinan soberanas. Así, de haber sido 4 200 000 hombres los del ejército de Jerjes, hubieran formado una columna de 3 000 kilómetros de largo, y mientras la cabeza hubiera llegado a Termópilas, las últimas tropas estarían saliendo de Susa. Del mismo modo, las bajas de Carlos el Temerario, en Granson, estimadas por los suizos en 7 000 hombres, descienden a 7 caballeros y algunos soldados.

Estimación previsora, y surgen las preguntas por el porvenir, por los límites

del progreso; las interrogantes acerca de ¿hasta dónde puede descender un valor papel?, ¿hasta dónde puede alejarse la cotización de la moneda de su valor oro?, ¿hasta dónde puede llegar el desempleo?, ¿hasta qué punto puede disminuir el comercio mundial? —que tales son los títulos de algunos apartados de esta sección—, o ¿cuánto tiempo dura la reconstrucción? Estimación previsora que da ocasión para una anécdota y para una afirmación optimista: la anécdota del indio del Amazonas —relatada por Rousseau en su célebre discurso— que, por la mañana, está dispuesto a dar por cualquier cosa su hamaca, que a la hora de acostarse tendrá que volver a adquirir a precio elevado, lo cual muestra una imprevisión que se supone debe disminuir conforme los pueblos avanzan culturalmente, y la afirmación optimista de que si “ciertamente los altos valores culturales que en siglos anteriores crearon las artes plásticas desaparecieron para siempre después de que la humanidad occidental, en incomprensible autodestrucción, hizo añicos sin conciencia ni corazón magníficos monumentos del pasado, el observador filosófico sabe, naturalmente, que el espíritu de estas obras de arte es imperecedero y que se trasplanta y perdura a través de la enseñanza y la educación, por la literatura y por la imagen, así como por las nuevas creaciones. Es el alma la que vive, no lo que ella crea... Mucho más importante que el producto es el medio de producción. ¿Qué importa que los huevos se rompan si nos queda la buena ponedora?” (136). A lo que cabe agregar un testimonio que saca a tales frases de las puras declaraciones románticas. En 1945, los bombardeos habían destruido gran parte de la “ciudad interior” de Nuremberg, relicario de la Edad Media. Destruídas la Catedral de Nuestra Señora, San Lorenzo, Schöner Brunner y la Casa de Durero, cabría pensar en una

destrucción de valores humanos. En 1958, un grupo de sociólogos de todas las latitudes hemos podido emocionarnos visitándolas y admirándolas reconstruidas, comprobando con ello una de las formas de pervivencia del espíritu, a través de un deseo de permanecer en su ser y realizarse en el del pueblo alemán, que no excluye su encaminamiento por las vías de progreso y de la libertad, como lo testimonian las construcciones del moderno Nuremberg. Se rompieron los huevos; pero ha quedado la buena ponedora...

Hubiésemos querido dedicar más atención a los análisis conceptuales con los que termina el libro —y decimos bien al acerir “termina”, si exceptuamos un apéndice sobre la velocidad de las elaboraciones estadísticas en diferentes países, que no deja de tener interés como medida del ritmo a que viven cultural y técnicamente diferentes sociedades—, pero el espacio es corto, y el tiempo que nos queda para esta nota, breve. Por los datos estadísticos se llega indirectamente a nuevas magnitudes estadísticas por el simple cálculo, o por reflexiones más complicadas. Se trata, en este caso —como indica Wagemann—, de una verdadera química conceptual o de una lógica, dentro de la cual: *la masa estadística es el concepto básico; la cifra de relación, el juicio estadístico; la estimación, el razonamiento estadístico*. Este capítulo es el que, en forma más directa, pone en camino de las técnicas estadísticas, hasta tal grado que la presentación de las formas de cifras relacionales analíticas y sintéticas nos traen a la mente la intención, si no el logro, de las primeras páginas de nuestras *Técnicas Estadísticas para Investigadores Sociales*, en cuanto se habla de: agrupaciones formales (temporales, espaciales y cuantitativas) y objetivas, y de unión de masas homogéneas (del mismo género y de la misma especie) y heterogéneas o

de masas desiguales (dependientes e independientes). Al mencionar la estimación en cuanto razonamiento estadístico, Wagemann se refiere a la inclusión, a la representación, a la generalización, a la sustitución, en las que los estadísticos podrán reconocer el uso de valores representativos como los promedios, la interpolación y la extrapolación de valores en curvas de tendencia, el empleo de las correlaciones, la utilización de muestras para estimar los valores de los universos en estudio. La terminología, en esta sección, fuertemente impregnada de lógica, según es probable, parece sujeta a una cierta vaguedad o imprecisión.

¿Divulga, por tanto, Wagemann inquietudes y conocimientos estadísticos? Naturalmente que sí. ¿Los divulga en tono festivo? Seguramente. Pero en este sector cabe puntualizar una opinión personal: si bien en algunos casos el buen humor de Wagemann parece de buena ley, el tratar de sostener ese tono a través de tantas páginas llega a parecer denso o artificioso; en cambio, haber sostenido el conjunto de imágenes que da sabor a los encabezados (“En los cuartos de estudio”, “En los talleres”, “En la sección de prueba”, “En el observatorio”, “En el laboratorio de los arcanos”) no puede sino aplaudirlo un habituado a las labores estadísticas que apenas si podría considerar esto como superado por el éxito estupendo de René Gonnard en su *Historia de las Doctrinas Económicas* al dar sabor mitológico a la dialéctica del pensamiento económico al hablarle al lector de “El triunfo de Plutón”, “El desquite de Ceres”, “Prometeo desencadenado”, “La rebeldía de Vulcano”, para referirse al mercantilismo, la fisiocracia, el liberalismo y el socialismo.

¿Divulgación para hispanoparlantes a través de una traducción hábil? Indudablemente. Pero alguna experiencia personal nos hace pensar en que a los ale-

manes no se les puede traducir a nuestro idioma de primera intención; que sobre la primera versión ceñida hay que elaborar otra —más riesgosa— hermenéutica, que ponga el original vertido a tono con la sensibilidad lingüística del hispano-parlante, porque si no, incluso en casos como éste de una versión correcta, el lector tropieza a cada momento —como si se encontrara envuelto por una neblina que le hiciera difícil discernir los objetos— en cuanto las cosas no se presentan en el orden acostumbrado; en cuanto las acciones no se producen siempre dentro de una secuencia que podría parecernos más natural; en cuanto un deslizamiento de un copretérito a un pretérito que pueden parecer igualmente adecuados nos deja en una imprecisión temporal molesta. ¡Que esa es eternamente la crucifixión del traductor que tan bien vio Eugenio Imaz, que tan excelentes traducciones diera al Fondo de Cultura Económica: ceñirse al texto y sacrificar el propio idioma o servir al idioma y arriesgarse a reprimendas del autor! Drama en cuanto de dos reclamos igualmente justos —el del autor, el del lector; el de la lengua original, el del idioma al que se vierte; el del contenido, el de la forma— uno *ha de ser* sacrificado. Y drama al que queremos asistir en el caso presente dando un voto de simpatía —casi un voto de solidaridad— a los traductores de un original que, no obstante su propósito divulgatorio, es a veces puramente alusivo, en cuanto en multitud de ocasiones no redondea su pensamiento y dificulta con ello la traducción.

Sin estar de acuerdo con la apreciación de la solapa de que la obra es una exposición clara y fácilmente comprensible, sí creemos que la obra de Wage-mann sobre el Número, Detective puede proporcionar a quien la lea detenidamente y procurando extraerle sus mejores esencias —que al comentarista

apresurado naturalmente escapan— un beneficio indudable, en cuanto es probable que le dé una visión de la estadística muy diferente de las simplistas —ponderativas o deturpadoras— representaciones al uso.

VEGA, Julio: *La Racionalización de Nuestra Enseñanza*. Ediciones de la Universidad de Chile; pp. 277 (con un proyecto de Ley Orgánica de los Servicios Escolares).

El presente libro de Julio Vega tiene, ciertamente, un propósito descriptivo de las realidades educativas de Chile consideradas sociológicamente, pero sería deformante la presentación que quisiera hacer de él única o principalmente un libro de sociología de la educación en Chile. Como no puede dejar de ocurrir en todo trabajo de sociología concreta que no olvide las tareas de servicio impuestas a la disciplina sociológica en relación con los conglomerados humanos cuyas manifestaciones trata de describir, explicar y comprender, su inspiración —el anhelo que lo nutre, la meta que lo orienta— tiene que ser y es, en realidad, de carácter pragmático o, más precisamente en el caso, de tipo terapéutico o reformista.

Reformar la educación —como reformar cualquier sector de la vida social— significa: 1º conocer la situación actual (sociografía, sociología); 2º definir dicha situación como mala, necesitada de cura o reforma (sobre el trasfondo de una filosofía social dada); 3º definir cuál ha de ser la situación que haya de considerarse como descable alcanzar (con base en esa misma filosofía, cosmoteoría, antropoteoría, axiología); 4º señalar cuáles son los medios de que se dispone para obtener dicha situación (ya sea que esa disponibilidad sea interna o externa, pues